

HOLY SEE PRESS OFFICE
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE



BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIEGE
PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHL

BOLLETTINO

SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE

N. vis

Martes 25.12.2018

Visita del Cardenal Secretario de Estado a Irak en la solemnidad de la Natividad del Señor

Del 24 al 28 de diciembre, el cardenal Pietro Parolin Secretario de Estado, visita Irak, con motivo de las celebraciones de Navidad, donde se reunirá con representantes de las Iglesias Orientales y representantes del gobierno.

S.E. el cardenal Parolin concelebró con su Beatitud el cardenal Louis Raphaël Sako, Patriarca de Babilonia de los caldeos, en la catedral caldea de San José en Bagdad, la misa de Nochebuena. Anteriormente, el cardenal Parolin había visitado la Iglesia siro-católica de Nuestra Señora de la Salvación, donde también asistió al ritual de encender el fuego que simboliza el nacimiento de Jesús. Las celebraciones para la solemnidad de la Navidad del Señor terminaron con la misa en la catedral católica de Bagdad.

Publicamos a continuación el Mensaje de Navidad para Irak pronunciado durante el encuentro con el Primer Ministro Adil Abdul Mahd y los representantes del gobierno en el Palacio Presidencial y las homilias del cardenal Pietro Parolin en la Misa del Gallo y en la solemnidad de la Natividad del Señor:

Mensaje de Navidad para Irak

Saludo a todos con gran afecto, también en nombre del Santo Padre Francis, que me ha pedido que transmitiera sus saludos al amado pueblo iraquí y le agradezco a Dios haberme dado la alegría de visitar vuestro país, cuna de la civilización, tan rico en referencias bíblicas e históricas, tierra del patriarca Abraham, donde comenzó la historia de la salvación. En estos días celebraré con los cristianos las fiestas del nacimiento del Señor Jesús. En Navidad, *se manifestaron la bondad y la humanidad de Dios nuestro Salvador* (ver Tít. 2:11). El anuncio se hace realidad, las promesas se cumplen: "Que bien me sé-dice el Señor -los pensamientos que pienso sobre vosotros, pensamientos de paz y no de desgracia, de daros un porvenir de esperanza" (Jer. 29, 11).

El Hijo de Dios encarnado nos da alegría y paz, respondiendo a las expectativas más íntimas y profundas de todo corazón humano. ¡Solo Dios puede dar paz y alegría, no efímeras, fortaleciéndolas y consolidándolas con la ley y la justicia!

El Papa Francisco nos recuerda que: " *El poder de un Niño, Hijo de Dios y de María, no es el poder de este mundo, basado en la fuerza y en la riqueza, es el poder del amor (...) es el poder que regenera la vida, que perdona las culpas, reconcilia a los enemigos, transforma el mal en bien. Es el poder de Dios (...) Es el poder del servicio, que instauro en el mundo el reino de Dios, reino de justicia y de paz.*" (Mensaje Urbi et orbi de navidad 2016).

La Navidad es una fiesta para todos y su mensaje está dirigido a todos los hombres de buena voluntad. Como individuos y como comunidades, los cristianos y los musulmanes están llamados a iluminar la oscuridad del miedo y de lo insensato, de la irresponsabilidad y del odio con palabras y actos de luz, lanzando semillas de paz, verdad y justicia, de libertad y de amor. Vivamos en espíritu de humildad y respeto por los demás, aceptemos a las personas con sus diferencias, sin usar estas diferencias para enfrentarnos a los demás, sino para descubrir en ellos la posibilidad de enriquecimiento mutuo, buscando siempre el bien común. Lo que nos acomuna y nos une es mayor que lo que nos separa.

La alegría y la paz de la Navidad no son un privilegio para que cada uno de nosotros lo guarde estrechamente, sino un regalo para compartir con otros y vivirlo como una responsabilidad en la construcción de un futuro de fraternidad y armonía. El Dios de la paz, que se hizo hermano nuestro hermano, nuestro compañero en el camino, de alegría y esperanza para un porvenir mejor todos los habitantes del amado Irak.

Santa misa de Nochebuena - Catedral caldea (Bagdad)

Su Beatitud cardenal Louis Raphaël I Sako, Patriarca de Babilonia de los Caldeos

Queridos obispos y sacerdotes

Señor Presidente de la República,

Distinguidas autoridades y miembros del cuerpo diplomático.

Queridas hermanas y hermanos en Cristo

Os saludo a todos con gran afecto, también en nombre del Santo Padre Francisco, y agradezco a Dios haberme dado la alegría de celebrar con vosotros el nacimiento del Señor en este país vuestro, rico en referencias bíblicas e historia; en esta ciudad vuestra, tan hermosa y tan probada; en esta catedral vuestra dedicada al patriarca San José, que desde el pesebre, junto con su esposa María, nos mira con una mirada de amor y ternura.

¡Es Nochebuena! Una noche envuelta en luz, que de año en año, incluso si es la misma que todas las demás noches, es siempre totalmente nueva. Una noche como las tantas noches insomnes del pueblo de la alianza, como las tantas noches insomnes de vuestras familias, que en estos años han pasado por la dura prueba del sufrimiento; pero, al mismo tiempo, una noche diferente porque el anuncio se hace realidad, las promesas se cumplen: " Que bien me sé-dice el Señor -los pensamientos que pienso sobre vosotros, pensamientos de paz y no de desgracia, de daros un porvenir de esperanza "(Jer. 29.11). En Navidad " *se manifestaron la bondad y la humanidad de Dios nuestro Salvador. He aquí la paz - comenta San Bernardo - no prometida, sino enviada, no ha retrasada sino entregada, no profetizado sino presente.*" (Disco. 1 para la Epifanía).

Nos sorprenden las lecturas bíblicas que acabamos de escuchar por su relevancia, por la correspondencia entre sus contenidos y nuestra vida cotidiana. El profeta Isaías nos presenta un pueblo que experimenta condiciones sociales y económicas marcadas por la fragilidad, la inestabilidad, la ausencia de esperanza y el temor ante el futuro. Y es precisamente en esta situación, humanamente sin salida, que resuena la feliz proclamación: "*El pueblo que andaba a oscuras vio una luz grande, los que vivían en tierra de sombras, una luz brilló sobre ellos*" (9.1). El profeta es consciente de que esta luz intensa y deslumbrante no proviene de los hombres, sino que proviene de Dios: es la luz de Dios que envuelve a los hombres, penetra profundamente en sus corazones, los ilumina y les hace experimentar gozo y paz: "*Acrecentaste el regocijo, hiciste grande la alegría*" (9,2).

¡Solo Dios puede dar paz y alegría, no efímeras, fortaleciéndolas y consolidándolas con la ley y la justicia! Lo hace todos los días: ¿Qué es el valor para enfrentar la vida, todos los días, con sus lados bellos y, sobre todo, con sus lados oscuros? ¿Qué es la fe para salir adelante y esperar contra toda esperanza (cf. Rom 4:18), que se manifiesta donde ya no hay esperanza, donde no queda nada que esperar, tal como le sucedió Abraham frente a su muerte inminente y la esterilidad de su esposa Sara? ¿Qué es el amor que todo cubre, todo cree, todo espera, todo soporta (ver Rom 13: 7) y que nos hace vivir como hermanos, en comunión, que nos permite dar la bienvenida a todas las personas con sus límites y sus méritos, como hizo Jesús, que acogía a todos los que acudían a él y querían seguirlo, prestando especial atención a los enfermos y a los ancianos, a los pobres y a los necesitados? ¿Qué es todo esto? Es la manifestación, la concretización, de la alegría y la paz que el Niño divino trae como regalo a quienes lo reciben con un corazón abierto, sencillo y humilde.

Dándonos gozo y paz, el Hijo de Dios encarnado responde a las expectativas más íntimas y profundas de cada corazón humano. Los ángeles lo cantan en la noche de Belén: "*Gloria a Dios en lo alto del cielo y en la tierra, paz a los hombres que ama*" (Lc 12,12). La paz anunciada por el coro angelical no es la paz que el mundo da, como Jesús repetirá, la noche anterior a su pasión, durante la última cena: "*La paz os dejo, mi paz os doy. No como la da el mundo, yo os la doy*" (Jn 14:27). Tampoco es la paz que se logra con las armas y la victoria militar o con los intereses de la economía global. Es la paz de Dios: una paz que refleja su amor por nosotros; una paz que se manifiesta como la capacidad de querer el verdadero bien de los demás, superando lo que el Papa Francisco llama la "cultura del descarte" y la "cultura de la indiferencia"; una paz que sabe ver en el otro al hermano para amar y ayudar, incluso cuando demuestra ser nuestro enemigo; una paz que pasa a través de la purificación del lenguaje de cada expresión de odio y violencia y por la reconciliación de las mentes y de los corazones: "*Luz da a la mente, paz infunde en el corazón*" canta la famosa canción de Navidad *Stille nacht*, que fue compuesta hace exactamente doscientos años en Austria y que se ha extendido por todo el mundo, creo que también entre vosotros.

El Papa Francisco decía en el mensaje *Urbi et Orbi* de Navidad 2016: "*El poder de un Niño, Hijo de Dios y de María, no es el poder de este mundo, basado en la fuerza y en la riqueza, es el poder del amor (...) es el poder que regenera la vida, que perdona las culpas, reconcilia a los enemigos, transforma el mal en bien. Es el poder de Dios (...) Es el poder del servicio, que instauro en el mundo el reino de Dios, reino de justicia y de paz*".

Precisamente lo opuesto a lo que los hombres piensan y- debemos confesarlo, que también pensamos nosotros- que ven la gloria en la fuerza, en el éxito, en la superioridad hacia los demás, en el dominio sobre ellos.

Vivir la Navidad es acoger el poder de este Niño y dejar que nos transforme desde dentro. Vivir la Navidad es aceptar cambiarnos y llevar una vida nueva, transfigurada por el amor. Es gracia e invitación a traducir la belleza de la luz divina que nos llega desde la gruta de Belén en palabras y actos concretos. Como individuos y como comunidades, cristianos y musulmanes, -porque la Navidad es una fiesta para todos, cuyo mensaje es accesible a todos-, estamos llamados a iluminar la oscuridad del miedo y el no sentido, de la irresponsabilidad y el odio con las palabras y actos de luz, arrojando semillas llenas de paz, verdad, justicia, libertad y amor. Vivamos en espíritu de humildad y respeto por los demás, aceptemos a las personas con sus diferencias, sin usar estas diferencias para enfrentarnos a los demás, sino para descubrir en ellos la posibilidad de enriquecimiento mutuo, buscando siempre el bien común. Lo que nos acomuna y nos une es mayor que lo que nos separa. La alegría y la paz de la Navidad no son un privilegio para que cada uno de nosotros lo guarde estrechamente, sino un regalo para compartir con otros y vivirlo como una responsabilidad en la construcción de un futuro de fraternidad y armonía

Los cristianos son mujeres y hombres que, a pesar de las dificultades, las contradicciones y, a veces, incluso el rechazo y la violencia, permanecen anclados en Dios y depositan toda su confianza en él. ¡Un Dios que en Jesús se hizo hermano nuestro, compañero de camino nuestro! He aquí que la Navidad se convierte en una invitación a la esperanza, que es esperanza para todos, incluso para los habitantes de Irak. Es una esperanza que nos permite volver a empezar siempre, incluso después de las dificultades y el dolor sufridos en estos años.

Queridos hermanos y hermanas,

Estad seguros de que el Santo Padre Francisco está cerca de vosotros. Os lleva en su corazón y reza siempre por vosotros. Nosotros os agradecemos vuestro testimonio, que se ha convertido en un ejemplo vivo para todos los cristianos del mundo. Permaneced firmes en la fe y el amor, y sed cada vez más constructores de un mundo de fraternidad y paz, fortalecidos por la luz del Niño nacido por nosotros y por nuestra salvación. María, nuestra madre, nos enseñe a custodiar el tesoro de la Navidad en nuestros corazones, con la oración y la meditación. Os deseo a todos vosotros y a vuestro amado país los dones de la Navidad: ¡que el anuncio de esta noche de espléndida luz os colme de paz y alegría! Amén.

Santa misa en la Nochebuena - Catedral sirio-católica (Bagdad)

Su Excelencia Rev. Mons. Ephrem Yousif Abba,
Rev. Sacerdotes,

Queridas hermanas y hermanos en Cristo,

Dirijo a todos los que están aquí presentes, mi saludo más afectuoso, también en nombre del Santo Padre Francisco, que me ha encomendado que os transmitiera su bendición apostólica junto con la seguridad de su recuerdo diario en la oración.

Estoy muy agradecido a Dios por la gracia que me concede de celebrar este año la solemnidad de Navidad con vuestra comunidad, que en pasado ha estado profundamente marcada por el sufrimiento y el dolor, pero también ha conocido la visita de Dios y ha experimentado su consuelo, que ha fortalecido todavía más los lazos con Él. Entre los muros de esta catedral permanece indeleble el recuerdo del testimonio de nuestros hermanos y hermanas, vuestra querida familia y amigos, que junto con los dos sacerdotes Thāir y Wasīm, perdieron la vida a causa de su fe en el atentado terrorista de 2010, un signo del odio y de la violencia que continúa afligiendo nuestros tiempos. Pero en el drama de la historia humana irrumpen el amor de Dios, que nunca se deja vencer por el mal de los hombres. Entra para disipar las tinieblas con su luz y para dar un nuevo inicio, como lo sigue haciendo aquí y ahora, en esta noche santa y gloriosa.

"Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, la gloria del Hijo unigénito que viene del Padre, lleno de gracia y de verdad" (Jn 1, 14).

Hemos participado en la hermosa y significativa celebración del fuego, que desde el centro de la Iglesia emana luz y calor sobre todos nosotros. Es la presencia de Dios que calienta nuestros corazones, nos transforma y nos transfigura para ser cada vez más a su imagen y semejanza, es su Palabra hecha carne lo que nos ilumina y nos fortalece en nuestro camino, haciéndonos anunciadores y testigos.

Dios se hizo hombre, entró en nuestra historia para dirigir nuestros pasos por el camino de la salvación. Él tomó sobre nosotros nuestra debilidad para vencer el mal, el dolor, el miedo y la muerte. Como cristianos, como portadores de su luz, estamos invitados a ser testigos de la humildad de quien "siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza" (2 Cor 8, 9).

Partiendo del misterio que celebramos en esta santa noche de luz, en la que nace el Salvador, estamos llamados a entrever en la oscuridad de nuestra historia la novedad que nos llega y el comienzo de una humanidad renovada.

"Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño brotará de sus raíces" (Is 11: 1). La Promesa de Dios se ha cumplido en el tiempo establecido. Pero hoy, en nuestro tiempo, encuentra todavía cumplimiento. "Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los Profetas; en estos último tiempos nos ha hablado por medio del Hijo" (Heb 1,1-2). Hoy estamos seguros de la fidelidad de Dios, que cumple sus promesas, incluso cuando parece que todo es estéril y sin futuro. A veces también podemos reconocernos en la imagen del tronco de Jesé, con raíces profundas, pero sin fruto. Vuestra comunidad tiene raíces profundas en esta tierra y se remonta a los albores del cristianismo. Una larga historia con sus momentos de gloria y santidad y con sus períodos de sufrimiento y oscuridad. Pero cuando todo parece perdido, la poderosa mano de Dios da vida a lo que parece estéril e infructuoso a los ojos de los hombres. Con la imagen del vástago de Jesé, uno de los símbolos más bellos de los Profetas de la Primera Alianza, Dios también nos

habla. En los vástagos, en efecto, se anuncia la nueva primavera y es nueva y maravillosa la primavera inaugurada por ese nacimiento que se repite todos los años, igual y totalmente nueva. ¡Qué el nacimiento de Jesús en nuestro mundo, en nuestros corazones, dé inicio a una nueva vida!,

"Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; la cual no nació de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios" (Jn 1-13).

Vuestra presencia hoy y aquí es un signo de vuestra fe, es un signo de vuestra perseverancia, es un signo del amor que vence al odio y al mal. Vosotros habéis recibido al Dios fiel que consuela y fortalece a su pueblo y, por eso, todavía estamos aquí. Hemos venido a sacar fuerzas de Dios, para vivir como hijos y hermanos, a aprender a recorrer el camino del perdón, la curación, la reconciliación, la fraternidad. En esto nos sostiene el consuelo y la ternura de Dios.

En la misa en la Casa Santa Marta, el pasado 11 de diciembre, el Papa Francisco habló de la ternura del Señor, que nunca falla ni siquiera en los momentos de oscuridad y sufrimiento, como hace una madre con su bebé que llora. También a nosotros, heridos por el dolor y el sufrimiento, a veces desanimados y sin fuerzas para seguir adelante, el Señor nos consuela con su ternura, nos da su paz y nos anima a no tener miedo.

Nos lo recuerda el icono de María de la Liberación (Sayyidat al-Nağāt), a la que está dedicada esta Catedral. En la mirada de María, la ternura se mezcla con cierta tristeza y preocupación, a pesar del hecho de que lleve en sus brazos la Palabra de Dios. De hecho, "cuando se sufre uno no siente el consuelo". Sin embargo, "*el consuelo regala paz*" nos recuerda el Papa Francisco. Y "un cristiano no puede perder la paz, porque es un don del Señor: el Señor se la ofrece a todos, incluso en los peores momentos". Pero siempre debemos tener nuestros ojos fijos en Él, como María hizo y nos invita a hacer. Así podremos escuchar sus palabras: estoy aquí, no te preocupes.

Al contemplar al Divino Niño en esta noche santa, el Señor nos consuela y nos llena de alegría y paz, para que nunca perdamos la esperanza y siempre podamos ser "*personas luminosas y positivas*".

Queridos hermanos, deseo a cada uno de vosotros que seáis portadores del fuego de Cristo. Esta es la gran contribución que estáis llamados a ofrecer a vuestro amado país, a la sociedad y al mundo entero. ¡Una hermosa misión y una gran responsabilidad!

Quisiera concluir esta reflexión mía con las palabras del gran Efrén el Sirio, Doctor de la Iglesia Universal, tan querido por vosotros: *Bendito el niño, que hoy hizo exultar a Belén. Bendito el infante, que hoy ha rejuvenecido a la humanidad. Bendito el fruto, que se ha inclinado a nuestra hambre. Bendito sea el bien que en un instante enriqueció toda nuestra pobreza y llenó nuestra indigencia. Bienaventurado el que ha sido inclinado por su misericordia a cuidar de nuestra enfermedad.*

A él, Redentor de todo el mundo, confiamos nuestras familias, nuestras comunidades, nuestros vecinos y este querido país en esta noche santa. Que así sea.

Santa Misa en la solemnidad de la Natividad del Señor - Catedral latina de Bagdad

S.E. Rev.ma Mons. Jean Sleiman, arzobispo de Bagdad de los Latinos,
Reverendísimos obispos y sacerdotes,
Distinguidas autoridades y miembros del Cuerpo diplomático

Queridas hermanas y hermanos en Cristo:

Me alegra mucho celebrar con vosotros la solemnidad de la Natividad del Señor. Ante todo, deseo dar los saludos paternos y la bendición del Santo Padre Francisco a los cristianos iraquíes y a este querido país y

mostrarles la cercanía de la Iglesia en todo el mundo.

"Ha surgido un día santo para nosotros, todos hemos venido a adorar al Señor, hoy ha descendido una luz espléndida sobre la tierra", canta la liturgia, llenando nuestra mente y nuestro corazón de júbilo, alegría y esperanza. ¿Por qué? Porque, precisamente, *"una luz espléndida ha descendido sobre la tierra",* una luz espléndida es Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, el Emmanuel, el Dios con nosotros, el Príncipe de la paz. Hoy celebramos su nacimiento en el tiempo, del vientre virginal de María.

Llegan a nosotros, como al Pueblo de Israel que estaba en exilio, la buena noticia, la palabra de consuelo, el anuncio de la salvación *"Reina tu Dios"* (Is 52, 7). ¡Dejémonos sorprender una vez más por esta buena noticia! Estamos acostumbrados a escuchar malas noticias. Las dificultades abundan en todo el mundo, los desafíos se multiplican y se hacen cada vez más complejos. Durante los últimos años en vuestro país y en vuestro región, habéis vivido la experiencia trágica e injusta de la violencia y del terrorismo, habéis sufrido tanto junto con todos sus compatriotas.

Precisamente por esta razón tenemos que dar la bienvenida a la buena noticia de la Navidad. Como nos recuerda el autor de la Carta a los Hebreos, Dios mismo, que en los antiguos tiempos acompañó con ternura al pueblo elegido y habló a través de los profetas, quiso hablarnos definitivamente a través de su Hijo (ver I, 1-2). No es una palabra abstracta, sino muy concreta: *"El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros"* (Jn.14). ¡Es una palabra de amor, una palabra de reconciliación, una palabra de paz!

La Palabra, el Verbo, es un término usado para expresar lo que da consistencia a toda la realidad, lo que da sentido a todo, lo que ilumina y da vida. Es lo que necesitamos y lo que todos los hombres desean. Esta Palabra, este Verbo se hizo carne, se convirtió en uno de nosotros. Esta es la buena noticia de la Navidad, es la buena noticia que el ángel anunció a los pastores como escuchamos en la misa de la noche: *"No temáis; he aquí, que os anuncio una gran alegría que será de todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, ha nacido para vosotros un Salvador, que es Cristo el Señor"*(Lc 2: 10-1 1).

El signo real y tangible de este anuncio es el niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre. Es un signo que desafía nuestra lógica humana, nuestros criterios. La grandeza de Dios y su poder se revelan en la pequeñez y la aparente debilidad de un niño. ¡Qué gran lección! Recibimos todo de él. *"De su plenitud todos nosotros hemos recibido: gracia sobre gracia"* (Jn 1, 16).

Dejémonos transformar por la presencia de este niño. El nacimiento del Hijo de Dios lo cambia todo, hace nueva nuestra vida. El Salvador del mundo viene a asumir nuestra naturaleza humana: ya no estamos solos y abandonados. Dios está con nosotros, está cerca. Como decía el Papa Benedicto XVI: *"Dios no está lejos de nosotros, no es desconocido, enigmático, tal vez peligroso. Dios está cerca de nosotros, tan cerca que se hace niño, y podemos tratar de "tú" a este Dios."* (Homilía IV domingo de Adviento, 18 de diciembre de 2005).

En este niño contemplamos la misericordia de Dios y su amor infinito por nosotros. Ante la sordera y el rechazo de muchos, queremos recibir esta buena noticia, queremos recibir a Jesús en nuestros corazones. *"A todos los que lo recibieron, les dio el poder de convertirse en hijos de Dios"* (Jn 1:12).

Dejemos que nos toque la ternura de Dios que nos salva. Acerquémonos a Dios que se nos acerca. Vivamos con gratitud el verdadero espíritu de la Navidad: la belleza de ser amados por Dios. Su presencia nos transforma desde dentro para vivir como verdaderos hijos suyos y experimentar la nueva vida que nos trajo: una vida de amor, de perdón, de respeto por los demás, de paz y de concordia.

Queridas hermanas y hermanos en Cristo,

¡Qué el misterio de la Navidad os empuje a ofrecer con generosidad vuestra contribución a este país que amáis, a esta sociedad a la que pertenecéis como miembros de pleno título y al mundo entero!. Vuestra presencia de cristianos aquí en vuestra tierra y en Oriente Medio sigue siendo la presencia de Jesús. Tenéis una misión

importante, una misión insustituible. Sed artífices de reconciliación y de paz, testigos de amor y de perdón, de comunión y de fraternidad, de una vida de servicio y caridad como fuente de bien y de bendición para todos.

Os exhorto a continuar viviendo vuestra pertenencia a la Iglesia y vuestra misión con generosidad y gratitud, con confianza y esperanza, en esta tierra donde comenzó la historia de la salvación, que continúa hoy a través de vosotros. Es una historia marcada por las tribulaciones y el dolor, pero nunca privada de la fidelidad y del apoyo de Dios. Estad también seguros de que el Santo Padre Francisco está cerca de vosotros, os lleva en el corazón y reza siempre por vosotros. Gracias por vuestro testimonio de fe, también probado por el sufrimiento y el martirio. Este testimonio ha sido y sigue siendo un tesoro para toda la Iglesia. Manteneos firmes en la fe y el amor.

Os deseo a todos vosotros y a vuestro amado país una Feliz Navidad: la alegría y la paz de Cristo descendan sobre todos vosotros para un futuro de hermandad para todos. María, nuestra madre, socorro, auxilio y consuelo de los cristianos, nos acompaña con su ternura y nos sostenga en la esperanza. Que así sea.
